

APRENDER A LEER¹

Pierre Miquel, *osb*²

I. El hombre moderno lee rápido

En un diario de divulgación científica, leemos el siguiente anuncio: “Ud. es ambicioso: desarrolle su capacidad de lectura. El método *Celer* de lectura veloz le ofrece esta posibilidad. El hombre tiene cada vez más necesidad de estar informado. Lamentablemente no llega a leer ni la cuarta parte de lo que le interesa (...). Cualquiera sea la velocidad actual de su lectura, Ud. puede duplicarla y triplicarla...” (*Science et Avenir*, N° 293, julio 1971).

La civilización moderna exige la velocidad, incluso en la lectura, porque esta lectura es “informativa”: intenta saber el máximo de cosas en el mínimo de tiempo.

La *lectio divina debe ser lenta*. La lectura que busca adquirir nuevos conocimientos, quiere hacerlo lo más rápido posible; por el contrario, la *lectio divina* se realiza a base de “*ruminatio*”, es decir, de lenta asimilación del texto leído.

La costumbre de leer rápido es tan tenaz, que puede resultarnos de provecho hacer la *lectio divina* en una lengua muerta o en un idioma extranjero. A diferencia de la salmodia, en la que el hombre se expresa espontáneamente en su lengua materna, o de la lectura pública que debe ser percibida inmediatamente, la *lectio divina* puede ser más provechosa si se hace en un idioma menos familiar. El provecho es todavía mayor si el texto se lee en el mismo idioma en que ha sido escrito.

1 Reedición del artículo publicado en *CuadMon* 45 (1978), pp. 181-183, traducido de *Lettre de Ligugé*, N° 154, 1972, por la Hna. María Isabel Guiroy, *osb*.

2 Antiguo Abad de Ligugé, fallecido el 21 de mayo de 2003.

En su precioso libro *La palabra y la escritura*, Louis Lavelle aconsejaba la lectura de los antiguos porque decía: “A menudo nos sucede que no podemos leerlos sino muy lentamente, lo cual nos obliga a dar a las palabras nuevas o desacostumbradas que ellos utilizan, un sentido más profundo y más pleno que a esas palabras gastadas y familiares que usamos todos los días; y nos obliga también, al deletrear por así decir su pensamiento, a impedir que el nuestro pase demasiado rápido y a ejercitarlo cada vez con toda su fuerza” (París, 1942, p. 231).

II. El hombre moderno lee para actuar

Se documenta para la acción, su lectura procura la eficacia: saber para actuar.

La lectio divina debe ser desinteresada. Una lectura –incluso espiritual– que tenga como objetivo la preparación de una conferencia, de un sermón, un artículo o una homilía, o la curiosidad erudita o estética, no responde a la definición de la lectio divina. La *lectio divina* vale, no por lo que ella permite adquirir (tener), sino por lo que ella permite devenir (ser) y en este sentido se aproxima a la cultura clásica. Pero incluso estas dos condiciones de desinterés y de lentitud, no deben ser el indicio de un espíritu de aficionado o simplemente perezoso. La prescripción de san Benito acerca de la lectura de Cuaresma, nos previene contra esto: exige que el libro sea leído “por orden e íntegramente” (cap. 48), para condenar la falta de perseverancia o el vagabundeo del espíritu. Pascal observará más tarde: “Que no debemos leer ni demasiado rápido ni demasiado lentamente” (*Pensées*, 69).

III. El hombre moderno lee para distraerse

Esto explica la moda de la historia anecdótica, que nos da la ilusión de vivir en la intimidad de los grandes hombres del pasado; el éxito de la novela policial, que nos da la ilusión de vivir en el drama y en el crimen, y el interés por la ciencia-ficción, que nos da la ilusión de vivir más allá de nuestra época.

La lectio divina es una lectura comprometida, que nos concierne real y directamente: lejos de ser una evasión de la vida, toma cuerpo y se encarna, por así decir, en la vida del lector. Ya lo observaba Casiano cuando hablaba de los

salmos: “Los sentimientos que expresan los salmos no nos dan la impresión de haber sido confiados a nuestra memoria, sino que los concebimos en lo profundo de nuestro corazón como sentimientos naturales que forman parte de nuestro ser: no es la lectura la que nos hace penetrar en el sentido de las palabras, sino la experiencia adquirida” (*II Conferencia del abad Isaac*, cap. 11).

IV. El hombre moderno se informa y se distrae colectivamente y no individualmente

Luego de la civilización oral, en la que la información era comunitaria, la civilización escrita desarrolló una información individualista, sobre todo después de la aparición del libro; la civilización actual, por medio de los “mass media”, vuelve a un tipo de información colectiva (radio, televisión, cine).

La *lectio divina* es una *lectura solitaria*; no es una lectura pública sino un diálogo particular entre el autor y el lector. No es una lectura impuesta desde el exterior como una propaganda política o una publicidad comercial, sino una lectura que el propio lector elige y que implica un compromiso personal por parte del que se entrega a ella.

La *lectio divina* es la lectura de la *Scriptura sacra*³: por medio de ella Dios nos habla y nos interpela. San Agustín reprochaba la prisa de aquél que continúa su lectura antes de haber puesto en práctica lo que ya ha leído. “¿Qué significa esta contradicción (*perversitas*) de no querer obedecer a lo que se lee y de querer sin embargo proseguir la lectura; y por prolongar la lectura de lo bueno, omitir ponerlo en práctica?” (*De opere monachorum*, XVII, 20). Hay que sentir que esta lectura nos concierne, como lo observaba Kierkegaard, y no sustraerse a las exigencias que nos sugiere:

¡Solo con la Palabra de Dios! Voy a confesarte algo, todavía no me atrevo a estar absolutamente solo con su Palabra, en una soledad donde ninguna ilusión se interponga.

3 Sin embargo, la *lectio* no es *divina* a raíz del texto leído sino a raíz del modo como ese texto se lee. Leer la Biblia por simple curiosidad intelectual o por espíritu polémico no es hacer *lectio divina*. Leer el diario, discerniendo a través de los elementos políticos y las noticias policiales los “signos de Dios”, puede ser hacer una *lectio divina*... ¡Pero, además, sería necesario leer la historia cotidiana a la manera de los profetas de Israel!

Y permíteme agregar que todavía no he encontrado ningún hombre que tenga el coraje y la sinceridad de permanecer solo con la Palabra de Dios.

¡Solo con la Palabra de Dios! En cuanto la abro, el primer pasaje que cae ante mis ojos se apodera de mí y me urge. Es como si el mismo Dios me preguntara: “¿Has puesto esto en práctica?”. Y tengo miedo, y evito su pregunta, prosiguiendo muy rápidamente mi lectura y pasando con curiosidad a otro tema.

Valdría más la franqueza de aquél que dijera: “La Biblia es un libro peligroso. Si le doy el dedo, toma mi mano y termina por apoderarse de todo mi ser.

No, prefiero dejarla en un estante antes de quedarme solo con ella.”

Esto implica una lealtad molesta que rechaza la gracia; pero es preferible a fingir recibirla como un devoto hipócrita que se hiciera el fanfarrón y se jactara de encerrarse solo con la Escritura Santa. Pero se ha provisto de diez léxicos y veinticinco comentarios. Por lo tanto puede leer los Libros Santos tan tranquilamente como lee su diario. Si acaso en un momento de distracción su espíritu abandona su seriedad habitual y en medio de la lectura se le plantea la pregunta: “¿Has puesto esto en práctica?”, no hay gran peligro. Porque en seguida piensa que hay muchas interpretaciones posibles y que se ha descubierto un nuevo manuscrito con variantes inéditas; además cinco o seis comentaristas sostienen una opinión, siete otra, tres están indecisos, etc.

¡Ah! Hay tiempo mientras se ponen de acuerdo.

Así, por más que durante toda tu vida te hayas pasado cada día horas enteras enfrascándote en la Escritura, sin embargo nunca habrás leído la Palabra de Dios.

En resumen, existen dos clases en la Cristiandad:

- la mayoría de los cristianos que no lee jamás la Biblia.
- y la minoría que la lee más o menos eruditamente, es decir que no la lee.

La mayoría considera a los Libros Santos como libros antiguos y caducos que se dejan de lado.

La minoría los ve como una obra antigua, extremadamente notable en la cual se puede ejercitar la perspicacia con un celo pasmoso.

Los raros cristianos verdaderos que se alimentan de ella, comprenden finalmente lo que es leer la Palabra de Dios (*Pour un examen de conscience*, traducción Tisseau, p. 44).

Frente a estas diferencias entre las características de la lectura del hombre moderno y las características de la *lectio divina*, podemos preguntarnos si la *lectio divina* no se ha convertido en un “ejercicio monástico” anacrónico, vestigio de un estadio de civilización superado.

No es fácil responder a esta objeción, o mejor dicho, solamente se puede responder con la experiencia. Sólo aquéllos que la practican pueden decir que la *lectio divina* les resulta provechosa. En cuanto a aquellos que no comprenden su utilidad o critican la costumbre de realizarla, que el Señor les dé la gracia de oír, como Agustín una tarde de agosto del 386 en un jardín de Milán: *Tolle, lege!* –“¡Toma y lee!”– (*Confesiones*, VIII, 8).

Abbaye Saint-Martin
F-86240 Ligugé
FRANCIA